The book cover features a dark, moody background of thorny branches and leaves, with a prominent glowing blue light source. The title is written in a large, white, serif font with a subtle glow, centered on the page. The author's name is at the bottom in a smaller, white, serif font.

UNA
MALDICIÓN
OSCURA
Y
SOLITARIA

BRIGID KEMMERER

Deben enamorarse para romper la maldición. Condenado por la maldición de una poderosa hechicera a repetir el otoño de sus dieciocho años, el príncipe Rhen, heredero del trono de Emberfall, pensó que sería fácil salvarse si todo lo que hacía falta era que una chica se enamorara de él. Pero eso fue antes de que se transformara en una bestia despiadada sedienta de destrucción. Antes de que arrasara con el castillo, destrozara a su familia y acabara con toda la esperanza. Para Harper, Nunca nada ha sido fácil. Abandonada por su padre, con su madre agonizante y un hermano que la subestima constantemente debido a su parálisis cerebral, Harper tuvo que aprender a ser fuerte para sobrevivir. Cuando intenta salvar a una extraña en las calles de Washington D. C., termina siendo arrastrada a un mundo mágico. Deben romper la maldición para salvar al reino. Harper no sabe dónde está ni qué creer. ¿Un príncipe? ¿Una maldición? ¿Un monstruo? Al pasar tiempo con Rhen en esta tierra encantada, comienza a comprender qué es lo que está en juego. Y cuando Rhen se da cuenta de que Harper no es solo otra chica que conquistar, la esperanza vuelve a inundarlo. Pero fuerzas poderosas se ciernen sobre Emberfall... y hará falta más que una maldición rota para salvar a Harper, Rhen y su pueblo de la completa ruina.

UNA
MALDICIÓN
OSCURA
Y
SOLITARIA

*Para mi nueva familia en Stone Forge CrossFit.
Gracias por enseñarme lo fuerte que puedo ser.*

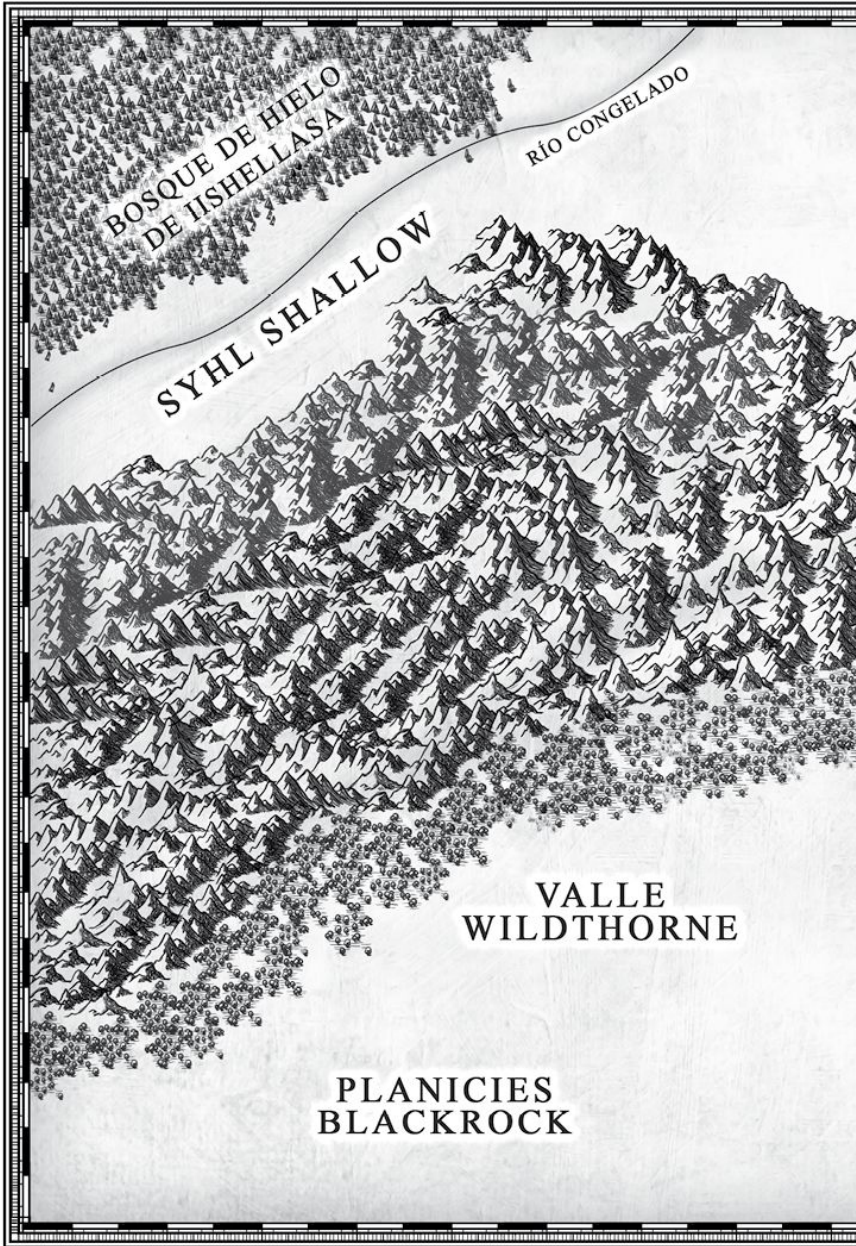
BRIGID KEMMERER

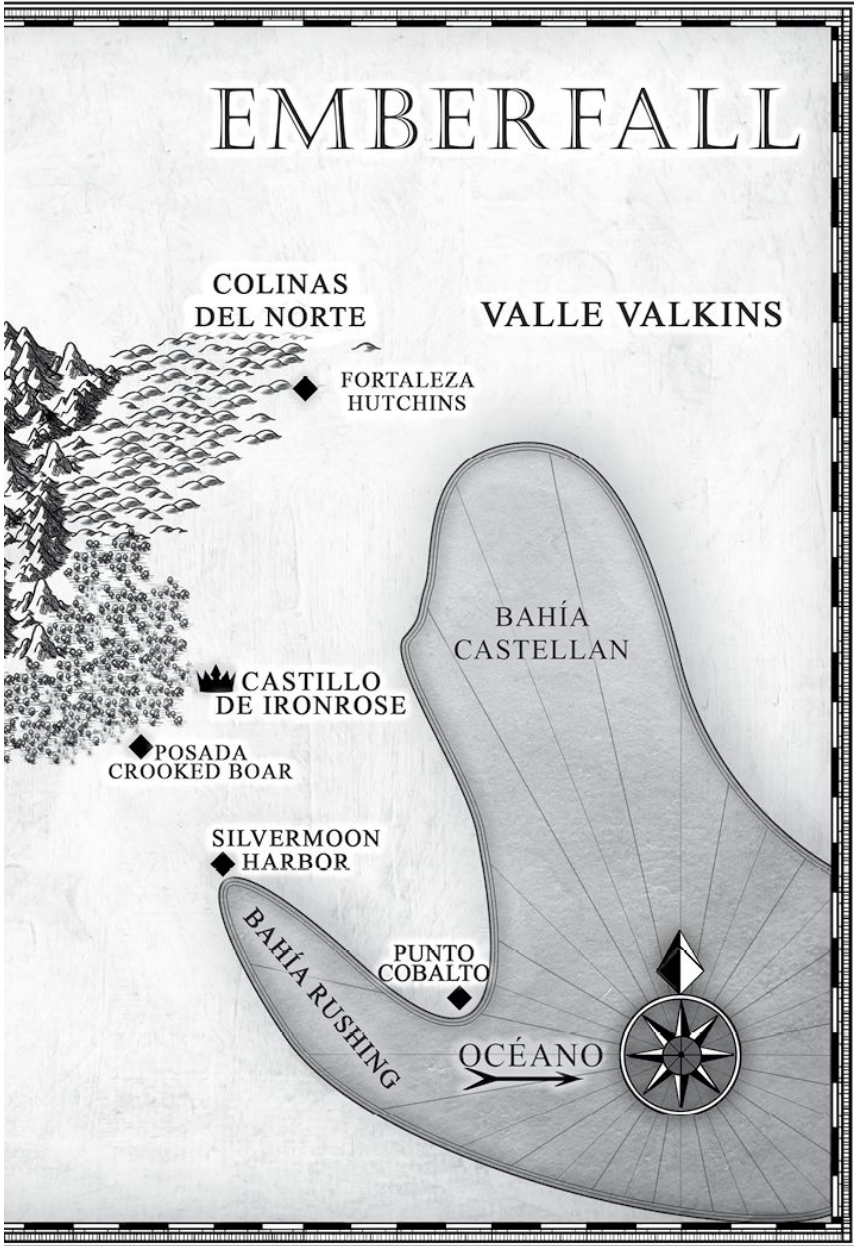
UNA
MALDICIÓN
OSCURA
Y
SOLITARIA



Traducción de Julieta María Gorlero

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay





Capítulo uno

Rhen

Hay sangre debajo de mis uñas. Me pregunto a cuántos de mis súbditos habré matado esta vez.

Meto las manos en el barril que hay a un lado de los establos. El agua helada muerde mi piel, pero la sangre se aferra. No debería tomarme la molestia. Después de todo, en una hora habrá desaparecido, pero odio esto. La sangre. La incertidumbre.

Suenan cascos contra el empedrado en algún sitio detrás de mí, seguido del tintineo de la brida de un caballo.

No necesito echar un vistazo. El Comandante de la Guardia siempre se mantiene a una distancia prudente hasta que la transición está completa.

Comandante de la Guardia. Como si a Grey le quedaran hombres que dirigir.

Como si no hubiese ganado el título por defecto.

Escorro el agua de mis manos y doy media vuelta. Grey se encuentra a un metro de distancia, sosteniendo las riendas de Ironwill, el caballo más rápido de los establos. El animal está agitado: tiene el pecho y los flancos mojados de sudor, pese al frío de la mañana.

Durante el tiempo que hemos estado atrapados aquí, la apariencia de Grey ha sido, de alguna manera, una sorpre-

sa constante. Parece tan joven como el día que ganó un puesto en la selecta Guardia Real, con su pelo ligeramente despeinado y su cara tersa. El uniforme aún le queda bien, cada hebilla y correa ajustadas a la perfección; cada arma, brillante en la penumbra.

Tiempo atrás llevaba un destello de entusiasmo en los ojos, una chispa para la aventura. Para los desafíos.

Pero el destello se ha apagado hace tiempo. Es el único aspecto de su apariencia que la maldición nunca restablece.

Me pregunto si mi apariencia invariable también lo sobresalta.

—¿Cuántos? —pregunto.

—Ninguno. Toda su gente está a salvo esta vez.

Esta vez. Debería sentir alivio. No lo siento. Mi pueblo volverá a estar en riesgo demasiado pronto.

—¿Y la joven?

—Desapareció. Como siempre.

Vuelvo a mirar la sangre que mancha mis manos y una opresión familiar envuelve mis costillas. Me giro otra vez hacia el barril y sumerjo las manos en el agua. Está tan fría que casi me quita el aliento.

—Estoy cubierto de sangre, Comandante. —Un dejo de ira se arremolina en mi pecho—. He matado *algo*.

Como si percibiera peligro, su caballo taconeá y baila al final de sus riendas. Grey alarga una mano para calmar al animal.

Tiempo atrás un mozo de cuadra se hubiese apresurado a sujetar al caballo, especialmente al escuchar mi tono. Tiempo atrás habría un castillo lleno de cortesanos, histo-

riadores y consejeros que hubiesen ganado una moneda a cambio de un cotilleo sobre el príncipe Rhen, el heredero al trono de Emberfall.

Tiempo atrás, una familia real hubiese mirado con malos ojos mis excentricidades.

Pero ahora estoy yo, y está Grey.

—Dejé un rastro de sangre humana en el camino hacia el bosque —responde, invulnerable a mi enfado. Está acostumbrado a esto—. El caballo lideró la persecución hasta que usted cayó sobre una manada de ciervos en el extremo sur de sus tierras. Nos mantuvimos bien lejos de los pueblos.

Eso explica el estado del animal. Hemos viajado mucho esta noche.

—Llevaré el caballo —digo—. El sol saldrá pronto.

Grey me entrega las riendas. Esta hora final es siempre la más difícil. Llena de remordimientos por haber fallado una vez más. Como siempre, solo quiero que esto termine.

—¿Algún pedido especial, *milord*?

Al principio, solía ser lo suficientemente frívolo para responder que sí. Especificaba si rubia o castaña, pechos grandes o piernas largas o cintura pequeña. Les daba vino y las conquistaba y, cuando no me querían, era fácil encontrar a otra. La primera vez, la maldición parecía un juego.

«Trae una que te guste a ti, Grey», le respondía, riendo, como si encontrar mujeres para su príncipe fuese un privilegio.

Después me transformé, y el monstruo arrasó el castillo y dejó un baño de sangre.

Cuando la estación volvió a comenzar, ya no tenía familia. Ni sirvientes. Solo seis guardias, dos de los cuales estaban gravemente heridos.

Para la tercera estación, solo tenía uno.

Grey sigue aguardando mi respuesta. Encuentro su mirada.

—No, Comandante. Cualquiera estará bien. —Suspiro y comienzo a llevar al caballo hacia los establos, pero entonces me detengo y doy media vuelta—. ¿De quién era la sangre de los rastros?

Grey levanta un brazo y aparta la manga. Una larga herida de cuchillo aún sangra hacia su mano en un lento hilo carmesí.

Le ordenaría que la cierre, pero la herida habrá desaparecido en una hora, cuando el sol esté bien arriba en el cielo.

También se desvanecerá la sangre de mis manos y el sudor de los flancos del caballo. Los adoquines adquirirán el calor del sol de principios de otoño, y mi respiración ya no nublará el aire matutino.

La chica se habrá ido y la estación comenzará otra vez.

Volveré a tener dieciocho años recién cumplidos.

Por tricentésimo vigésimo séptima vez.

Capítulo dos

Harper

Hace tanto frío en Washington D. C. que debería ser ilegal.

Levanto la capucha de mi sudadera, pero está tan deshilachada que no provoca demasiada diferencia. Odio estar aquí fuera, vigilando, pero mi hermano se lleva la peor parte de este trabajo, así que intento no quejarme.

En algún sitio de la calle, un hombre grita y retumba el claxon de un coche. Reprimo un escalofrío y me apretujo bajo las sombras. Antes encontré una vieja palanca para cambiar ruedas cerca de la acera y ahora retuerzo los dedos alrededor del metal oxidado, pero quien sea que ha gritado parece estar lejos.

Un vistazo al temporizador del teléfono de Jake me dice que le faltan otros trece minutos. Trece minutos y habrá terminado, y podremos ir a pedir una taza de café.

En realidad, no tenemos dinero para gastar, pero Jake siempre necesita desahogarse un rato y dice que el café lo ayuda. A mí me acelera de tal forma que no puedo dormir, lo que significa que hasta las cuatro de la mañana no caigo, y después falto a clases. He perdido tantas clases en mi último curso que probablemente ya no importe. De todas maneras, no tengo amigos que vayan a echarme de menos.

Así que Jake y yo nos sentaremos en una mesa con butacas en un rincón de la cafetería, que está abierta toda la noche, y sus manos temblarán contra la taza durante algunos minutos. Después me contará lo que tuvo que hacer. Nunca es bueno.

Tuve que amenazarlo con romperle el brazo. Se lo retorcí hacia atrás. Creo que casi se lo disloco. Sus hijos estaban ahí. Ha sido horrible.

Tuve que darle un puñetazo. Le dije que iba a golpearlo hasta que se le cayeran los dientes. Enseguida encontró el dinero.

Este hombre era músico. Lo amenacé con romperle un dedo.

No quiero escuchar cómo los intimida para sacarles dinero. Mi hermano es alto y tiene la complexión de un jugador de fútbol americano, pero siempre ha sido amable, dulce y compasivo. Cuando mi madre todavía no estaba muy enferma, cuando mi padre se involucró con Lawrence y sus hombres, Jake cuidaba de mí. Me dejaba dormir en su habitación o salíamos a escondidas de la casa por un helado. Eso era cuando mi padre aún estaba con nosotros, cuando era él quien recibía amenazas de los «cobradores» de Lawrence, hombres que venían hasta nuestra puerta a reclamar el dinero que mi padre había pedido prestado.

Ahora se ha ido. Y Jake hace de «cobrador» para que nos dejen en paz.

La culpa carcome mis entrañas. Si fuera solo yo, no dejaría que lo hiciera.

Pero no soy solo yo. También está mi madre.

Jake cree que podría hacer más cosas para Lawrence. Ganar más tiempo. Pero significaría realmente *hacer* las cosas con las que ahora solo amenaza. Significaría hacer daño en serio a la gente.

Eso lo haría pedazos. Ya puedo ver cómo esto lo está cambiando. A veces desearía que se bebiera el café en silencio. Una vez se lo dije y se enfadó.

—¿Crees que es difícil *escucharlo*? Yo tengo que *hacerlo*. —Su voz estaba tensa y áspera, casi rota—. Tienes suerte, Harper. Tienes suerte de solo tener que *escuchar* todo esto. Sí. Soy supersuertuda.

Pero después me siento egoísta, porque tiene razón. No soy ni rápida ni fuerte. Ser la que vigila es lo único que puedo hacer para ayudarlo. Así que ahora, cuando necesita hablar de estas atrocidades en potencia, mantengo la boca cerrada. No puedo pelear, pero puedo escuchar.

Miro el teléfono. Doce minutos. Si se termina el tiempo quiere decir que el trabajo ha salido mal, y entonces debo salir corriendo. Marcharme con mi madre. Escondernos.

Ha habido ocasiones en las que estuvimos a solo tres minutos. Dos minutos. Pero siempre aparece, agitado y, a veces, salpicado de sangre.

Todavía no estoy preocupada.

El óxido se descascara bajo las yemas de mis dedos cuando hago girar la palanca helada en mi mano. No falta mucho para el amanecer y, para entonces, seguramente esté demasiado congelada para notarlo.

El viento trae una risa femenina desde algún sitio cercano y espío desde el umbral. Dos personas están en la esquina, justo al borde del círculo de luz que arroja un poste cer-

cano. El pelo de la chica brilla como en los anuncios de champú, y se mece cuando ella se tambalea un poco. Todos los bares cierran a las tres de la mañana, pero es evidente que ella ha continuado. Su diminuta minifalda y su chaqueta de mezclilla abierta hacen que mi jersey parezca un abrigo.

El hombre está vestido más acorde, con ropas oscuras y un chaquetón largo. Estoy intentando decidir si es un policía que está arrestando a una prostituta o un cliente que la está pasando a buscar cuando el hombre gira la cabeza. Vuelvo a retroceder en el umbral.

La risa de la mujer resuena de nuevo a través de la calle. Una de dos: o él es graciosísimo, o esta chica está completamente borracha.

Un sonido de ahogo interrumpe la risa. Como si alguien hubiese arrancado un tapón.

Contengo la respiración. El silencio es repentino y absoluto.

No puedo arriesgarme a echar un vistazo.

No puedo arriesgarme a *no* echar un vistazo.

Jake se enfadaría. Tengo que limitarme a hacer mi trabajo. Lo imagino gritando: *¡No te metas, Harper! ¡Tú ya eres vulnerable!*

Tiene razón, pero tener parálisis cerebral no implica que mi curiosidad sea menor. Echo un vistazo desde el borde del umbral.

La mujer rubia se ha desplomado en los brazos del desconocido como si fuera una marioneta, con la cabeza caída hacia un lado. El hombre la levanta pasando un brazo bajo sus rodillas y no deja de echar un vistazo de un lado a otro.